Cabrera, Lydia: *El monte*. Prólogo de Raimundo Respall Fina. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993, 560 págs., apéndice fotográfico.

Si la reedición de un libro es siempre motivo de festejo, la de *El monte* tiene incluso su propia simbología. En primer lugar, la obra fue editada por primera vez en La Habana en 1954. Posteriormente volvió a publicarse en los Estados Unidos y en Cuba, no obstante, resulta imposible encontrarlo en las librerías, incluso en las bibliotecas de la isla, que lo catalogan como libro sustraído o desaparecido. *El monte* no es sólo la mejor y más lograda obra sobre las culturas afrocubanas, sino que además ha sido considerado como la biblia de sus religiones. Finalmente, su utilidad rebasa ampliamente el interés de los seguidores de dichas religiones y de los antropólogos y sociólogos, alcanzando a todo el público que pretenda acercarse a la cultura insular ya sea intelectual o desinteresadamente. De ahí su carácter de obra permanentemente agotada.

La simbología de esta reedición tiene además otros aspectos que merece la pena destacar. Tras la revolución de 1959, a los pocos años de escribirlo, su autora, Lydia Cabrera, se exilió en los Estados Unidos. Reiteradas veces se ha señalado que, alcanzando el clímax de su actividad intelectual con *El monte*, y alejada de la realidad estudiada, Cabrera agotó su capacidad productiva. Sus otras obras de calidad fueron escritas antes del exilio: *Cuentos negros de Cuba* (1940), reeditada en Barcelona por la editorial Icaria en 1992; *Anagó. Vocabulario lucumí* (1957) y *La sociedad secreta Abakuá* (1959), así como la colección de catorce discos sobre música de cultos secretos. Fuera de Cuba, y hasta su muerte en 1992, tan sólo produjo algunas obras menores en las que retomó temas ya abordados en su literatura anterior. Entre ellos destaca especialmente *Yemayá y Ochún* (1974).

La reedición de *El monte* en Cuba sirve también de dedicatoria póstuma para Lydia Cabrera, incluso de reconciliación. El IV Congreso del Partido Comunista, celebrado en 1991, reconoció expresamente la posibilidad de profesar una religión y su compatibilidad con la integración dentro de las estructuras laicas del sistema. Concretamente, concedía libertad de culto para los militantes del Partido Comunista, que hasta ese momento habían tenido prohibida la pertenencia a cualquier confesionalidad. Esta disposición se incluye dentro de la actual apertura interna relativa del régimen político cubano, dispuesto a hacer concesiones en todos aquellos aspectos que no socaven en el corto y mediano plazo la estructura del sistema. En el caso de las religiones afrocubanas, los analistas han explicado que una mayor permisibilidad tendría como objetivo preservar el respaldo de la población de color a la revolución, tradicionalmente muy importante, así como controlar sus actividades fuera del ámbito político, institucionalizando las prácticas confesionales. De hecho, la disposición del Congreso del Partido Comunista en 1991 no hizo sino explicitar una tolerancia implícitamente reconocida desde años atrás. No por casualidad, la última edición de *El monte*, excluida la presente, se hizo en 1989 (La Habana, Editorial Letras Cubanas), aunque las razones ya citadas y su restringida tirada no alcanzaron a satisfacer la demanda. Asimismo, uno de los libros que más impacto ha causado en el mercado editorial cubano de los últimos años fue la obra de Natalia Bolívar Aróstegui, *Los orishas en Cuba* (La Habana, Ediciones Unión, 1990), aunque su aportación se reduce a la elaboración de una especie de manual de las divinidades afrocubanas y de su sincretismo cristiano, rescatado principalmente de la bibliografía existente.

La actual edición de *El monte* resulta llamativa por lo cuidado de todos los aspectos, a pesar de su sobriedad. Ha sido realizada en Madrid debido a los problemas técnicos que presenta actualmente editar en Cuba, y se acompaña de un corto, pero excelente prólogo de Raimundo Respall Fina, que responde plenamente a los objetivos de su título: "Abriendo monte".

Aunque parezca contradictorio, nos ha resultado mucho más sencillo contextualizar la presente edición de *El monte* que realizar la crítica bibliográfica propiamente dicha. En este sentido, y tras varios ensayos insatisfactorios hemos optado por limitarnos a ofrecer una breve presentación de la obra señalando sus aspectos externos más característicos, reconociendo, más que nunca, que nuestra intención en este caso pretende ser una incitación a la lectura. Por esta razón y aunque sea poco ortodoxo, nos parece oportuno señalar aquí que el libro puede comprarse en la distribuidora de libros cubanos que la librería Fuentetaja posee en Madrid. Su precio es 2.000 pesetas.

Tras el prólogo de Raimundo Respall Fina y de unas líneas dedicadas por la autora al lector, *El monte* se compone de diez capítulos específicos, un índice de plantas y un apéndice fotográfico original. Desde que escribiese los *Cuentos negros de Cuba* en 1940, Lydia Cabrera se convirtió en el particular mester de clerecía para las tradiciones y ritos afrocubanos. Su talante personal, su respeto y su integridad intelectual le permitieron acceder al velado mundo espiritual y esotérico de los negros cubanos, a pesar de ser blanca. Hay que señalar que contó con los antecedentes de una tradición cuyos máximos exponentes son Alejo Carpentier y Fernando Ortiz (de hecho Lydia Cabrera está considerada como la principal discípula de Ortiz, el más reconocido de los intelectuales cubanos).

El monte no es una obra científica, sino una fuente inagotable de información construida por los propios guardianes del culto y de la tradición a través de la pluma de Lydia Cabrera. Explícitamente, la autora reconoce el esfuerzo por excluir sus propios prejuicios del texto, por prestarse a ser una mera transmisora de sus informantes, aunque ello supusiese carecer de método y preservar las contradicciones, lo que, por otra parte, responde también a la multiplicidad de variantes de culto. El reconocimiento de esta labor fue la citada consideración de los resultados como la biblia de las religiones afrocubanas por sus propios creyentes.

Tras años de paciente investigación, Lydia Cabrera logró reconstruir la teogonía, la diversidad del culto y de los ritos, los significados y los significantes de las tradiciones transmitidas oralmente. No olvidamos la tarea de sus antecesores, y particularmente de los citados Alejo Carpentier y Fernando Ortiz, puesto que *El monte* fue la culminación de una larga, sólida y fructífera tradición anterior. A esa tradición, además, se debe en buena parte la *civilización e intelectualización* de los ritos afrocubanos, lo que les diferencia de otras experiencias en las Antillas, y fundamentalmente del Vudú haitiano.

Para concluir, nos gustaría señalar un último aspecto digno de mención y es la contribución de *El monte* a la literatura hispanoamericana a través fundamentalmente de Alejo Carpentier. Hay en la obra un especial tratamiento del tiempo que resulta heredado del tema abordado, así como algunas soluciones técnicas interesantes. Destinado a lectores variados, su mensaje también lo es, de forma que la percepción de la lectura dependerá siempre del grado de conocimiento y del talante con que el lector se acerque a la misma. En parte, esta naturaleza polivalente está conseguida relegando la información más tediosa para la lectura de una parte final del libro (el índice de plantas), fundamental para profundizar en el sentido, la naturaleza y el carácter del culto y los ritos, pero no para comprender su esencia. Más que un capítulo, por lo tanto, y a pesar de su magnitud (casi la mitad de la obra), esta parte se presenta como un manual de consulta o glosario.—ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA.

Cuba. La Perla de las Antillas. Actas de las I Jornadas sobre "Cuba y su Historia", Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mayo Gutiérrez (editores). Aranjuez (Madrid), Ediciones Doce Calles y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993, 348 páginas, ilustraciones e índices.

Cuba. La Perla de las Antillas, es el resultado de las "I Jornadas sobre Cuba y su Historia", celebradas en 1991 en el Ateneo de Madrid, con la colaboración del CSIC, el ICI y el Ayuntamiento de Madrid. Aunque es difícil emitir un juicio crítico global sobre un libro que contiene 25 po-

nencias acerca de temas distintos, hay algunos elementos generales que debemos destacar. La presentación y los aspectos técnicos de la obra son dignos de elogio. La labor de editores y coordinadores nos ofrece un libro bien hecho, compensado y sobrio, pero deliciosamente editado. En lo que se refiere a los contenidos, resulta pueril caracterizar la obra por las diferencias cualitativas de las distintas comunicaciones, rasgo inherente a la naturaleza de la compilación. De su natural defecto, sin embargo, destacan algunas virtudes. Por ejemplo, la compilación permite detectar cuáles son los temas que actualmente merecen el interés de la investigación. En ese sentido, el libro combina aportaciones de investigadores consagrados con la presentación de proyectos y de los resultados de varias tesis doctorales en curso.

La continuidad de los encuentros entre investigadores sobre temas cubanos y la publicación de los resultados ofrece la posibilidad de valorar *La Perla de las Antillas* desde otra perspectiva aún más interesante. Así, este libro es también el último resultado de una relación más amplia y sostenida a lo largo de los últimos años. De hecho, hace sólo unos meses reseñamos para esta misma revista el penúltimo producto de esa relación, que con el título *Nuestra historia común. Cuba y España. Poblamiento y nacionalidad (Anuario de Estudios Americanos, t. L, n.º 2, págs. 435-437)*, reunía las comunicaciones presentadas al Aula de Cultura Iberoamericana de La Habana en el año 1991.

Para concluir esta introducción hay que señalar que, aunque la obra está dividida en cuatro grandes apartados —cultura, población y sociedad, política y economía—, los contenidos se centran en temas más concretos. Casi todos los trabajos se dedican al siglo XIX y estudian problemas relacionados con la Ilustración, la formación y crisis del modelo colonial español, la inmigración y la esclavitud. El siglo XX y los problemas económicos son los grandes olvidados del debate, como también lo son de la investigación española. Particularmente se echa en falta la aportación de los historiadores azucareros, cuyo trabajo ha dado algunos de los mejores frutos a la historiografía cubana.

Entrando en el comentario específico de los contenidos, el libro comienza con un prólogo y una introducción de los coordinadores. Tomás Mayo señala la participación que el Ateneo tuvo en el debate sobre la cuestión colonial, así como el sentido que la organización de estas jornadas tiene para recuperar el interés de la institución por los problemas cubanos. Consuelo Naranjo, por su parte, presenta la obra, destacando su aportación a la cooperación intelectual e institucional cubano-española y su contribución a la comprensión de la historia insular.

Miguel A. Puig-Samper, “Las primeras instituciones científicas de Cuba: el Jardín Botánico de La Habana” inaugura el capítulo dedicado a cultura, abordando la relación entre la ciencia y el sistema de dominación socio-económico. Explica que la Ilustración se trasladó a Cuba en fechas relativamente tempranas (último tercio del siglo XVIII), debido a la conexión entre sus propuestas y los intereses de la próspera sacarocracia insular, lo que le proporciona el contexto histórico para analizar la construcción del Jardín Botánico de La Habana. Las primeras instituciones ilustradas en la órbita de la sacarocracia —señala también Puig-Samper— son las Sociedades Económicas. A su estudio se dedica Izaskun Álvarez, “Las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba, 1787-1832”, llegando a la conclusión de que la labor no fue altruista, sino que se realizó en provecho de una clase dirigente interesada en aumentar la productividad de la mano de obra. En ese mismo sentido, aunque más específicamente, Armando García, “En torno a la antropología y el racismo en Cuba en el siglo XIX”, afirma que el racismo fue una creación intelectual, producto de la utilización de la ciencia como instrumento de legitimación del sistema de plantación esclavista para la producción de azúcar.

Dentro del marco expuesto por los autores anteriores, la sección del libro dedicada a cultura se completa con tres trabajos sobre aspectos más concretos. Rolando E. Misas, “La Real Sociedad Patriótica de La Habana y las investigaciones científicas aplicadas a la agricultura, 1793-1862”, analiza los proyectos de diversificación, tecnificación y enseñanza agraria de dicha Sociedad dentro del espíritu ilustrado y, específicamente, la promoción del trabajo familiar en el campo, más eficaz que el de los esclavos en los cultivos no azucareros. Ángel Guirao, por su parte, estudia “La Comisión Real de Guantánamo en el marco de las expediciones españolas a América”, señalando que,

si bien el objetivo fundamental de esta comisión fue el fomento económico de Cuba, su trabajo se completó con importantes aportaciones para el conocimiento de la historia natural, lo que permite encuadrarla en el contexto de las expediciones científicas españolas de la segunda mitad del siglo XVIII. Finalmente, el ensayo de Reynaldo Ramos sobre "Los fondos del Archivo Nacional para la historia de Cuba en los siglos XIX y XX" es el único artículo de la sección de cultura que va más allá del estudio de la Ilustración. Explica los últimos avances en conservación y acceso a los documentos incorporados por dicho archivo, labor elemental para el progreso de la investigación y del conocimiento histórico.

Un interesante ensayo de Paul Estrade, "Los colonos yucatecos como sustitutos de los negros esclavos", abre el capítulo de población y sociedad. Producto de la escasez de mano de obra que la prohibición de la trata de esclavos ocasionó a mediados del siglo XIX, se introdujeron en Cuba miles de indios yucatecos. Estrade estudia este proceso y se pregunta qué fue de dicha población, cuya huella en la sociedad cubana no ha merecido el interés de la investigación. En la misma línea de estudio de los proyectos de colonización de la isla, está el trabajo de Luis Álvarez, "Un proyecto de colonización alemana en la isla de Cuba, 1871". Poco conocido porque no llegó a cuajar, el plan del diplomático español Juan A. Roscón para fomentar la inmigración de familias alemanas a Cuba debe ser estudiado en el contexto de las políticas de población de la isla mediante incentivos a la inmigración europea, así como en relación con el expansionismo alemán y con la capacidad de las élites cubanas para imponer sus intereses en la política colonial. El proyecto de inmigración alemana —dice Álvarez— recibió buena acogida en Madrid, pero fracasó por la oposición de la oligarquía insular.

La inmigración española en Cuba es la segunda línea de estudio del capítulo de población y sociedad. Tras analizar las características fundamentales de esa población, Consuelo Naranjo, "La población española en Cuba, 1880-1953", observa los cambios en su estructura en el momento de la inversión de la tendencia alcista del flujo migratorio como resultado de las crisis azucareras de los años veinte y de la depresión de 1930. Los *Censos* de 1919, 1931 y 1943 y los *Informes Consulares* de 1923 y 1932 le permiten medir las variaciones en el número de españoles en la isla entre esas fechas; su procedencia según lugar de nacimiento y ocupación, y su destino laboral en Cuba. El trabajo se completa con la presentación de un material cuantitativo de gran interés. En un artículo complementario del anterior, Jordi Maluquer, "La inmigración española en Cuba. Elementos para un debate histórico", ofrece interesantes sugerencias para futuras investigaciones. Los españoles nunca fueron más del 10 % de la población cubana, pero representaron el 20 % de la población activa. Suponiendo niveles similares de productividad en los trabajadores cubanos y españoles, estos últimos habrían generado el 25 % del producto nacional. Desde el punto de vista del ingreso, y suponiendo también idéntica retribución del trabajo, la renta *per capita* de los españoles había doblado a la de los cubanos. Aunque hay que completar el análisis con el estudio de las familias cubanas dependientes de los españoles y con el del capital repatriado —dice Maluquer—, abordar el problema desde esta perspectiva puede resolver algunos interrogantes sobre la hostilidad criolla hacia esa inmigración.

El estudio de la población foránea en Cuba termina con el ensayo de María D. Domingo, "La participación de los extranjeros en el movimiento libertador cubano, 1868-1878". Domingo dice que el levantamiento cubano contra España en 1868 obtuvo el apoyo de varios países latinoamericanos y de ciertos sectores de la sociedad estadounidense. También contó con la participación de extranjeros, algunos de los cuales llegaron a ocupar cargos en el ejército libertador, como el dominicano Máximo Gómez, jefe de Estado Mayor, o el norteamericano Thomas Jordan, general de los mambises. Tras estudiar estas personalidades, el trabajo concluye con un somero análisis de la participación de la población negra y de los inmigrantes chinos en el conflicto.

Las dos últimas ponencias del capítulo de población y sociedad son las únicas que no abordan el estudio de la inmigración. Manuel de Paz, "Algunas reflexiones sobre el bandolerismo en Cuba", señala la necesidad de estudiar este fenómeno en el largo plazo, relacionándolo con las transformaciones del mundo rural cubano. Finalmente, María D. González-Ripoll, "Voces de gobierno: los bandos del capitán general Luis de Las Casas, 1790-1796", estudia la experiencia vital de De

Las Casas en Cuba, Europa y los EE.UU., indicando que su conocimiento de las ideas ilustradas estuvo detrás de una política destinada al fomento del progreso y la cultura y a preservar el orden social en favor de una élite dominante dedicada al negocio azucarero.

Bajo el epígrafe de política, la tercera sección del libro se dedica al estudio del modelo colonial español. Elena Hernández, "A propósito del imperio colonial español en el Siglo XIX: los negocios cubanos del Marqués de Comillas", estudia la formación de la fortuna de Antonio López, marqués de Comillas. Llama la atención sobre el hecho de que el Estado español fue la parte más débil en los contratos firmados por la Compañía Transatlántica, propiedad de López, lo que refleja la falta de autonomía de los gobiernos frente a los intereses económicos para imponer una política moderna y coherente, que tal vez hubiese permitido conservar la colonia. El fracaso de las políticas reformistas es abordado por Luis M. García e Inés Roldán. García, "Tras la revolución, las reformas: El Partido Liberal Cubano y los proyectos reformistas tras la Paz del Zanjón", dice que la reforma de la administración colonial tras la primera guerra de independencia cubana, se frustró por la intransigencia del gobierno español, empeñado en defender los intereses de una burguesía incapaz de competir en el mercado internacional y dependiente de la demanda antillana. El fracaso del reformismo liberal mostró la ineficiencia de la administración española y coadyuvó para que los problemas se resolviesen mediante una nueva guerra. Roldán, "El fracaso de las reformas en Cuba, la cuestión electoral, 1869-1872", enfoca el tema desde la óptica del proyecto de establecimiento de un régimen constitucional en la isla. La cuestión electoral —afirma— refleja la incapacidad de los gobiernos españoles para imponerse al conservadurismo insular, cuyo objetivo fue mantener el *status quo* en Cuba.

José Cayuela, "El nexo colonial de una transición: élite antillana y Capitanes Generales de Cuba", coincide con las conclusiones de los autores anteriores sobre que la economía cubana, basada en el azúcar, no proporcionó un nexo colonial debido a la debilidad del mercado y la industria española para absorber la producción de dulce. La relación entre Cuba y España se mantuvo gracias a la consolidación de una élite económica con poder político a ambos lados del Atlántico. Finalmente, Candelaria Sainz, "El colonialismo español en el Caribe durante el Siglo XIX: el caso cubano, 1833-1868", estudia el modelo colonial español con una perspectiva más amplia, señalando que sus rasgos representativos fueron la esclavitud y la Hacienda. Mientras la esclavitud fue eficiente, las élites cubanas toleraron el dominio español y financiaron la Hacienda peninsular. Cuando en la década de 1860 aquella primera comenzó a mostrarse ineficiente, los conservadores españoles se opusieron a la abolición de la institución, lo que dio origen a un enfrentamiento que se agravó con el tiempo y sólo resolvió la independencia.

La sección de política termina con dos ensayos sobre el origen de la nación cubana: Josef Opartny, "Algunos aspectos del estudio de la formación de la nación cubana", y Ramón de Armas, "José Martí: su República de mayoría popular", y con un trabajo de Rafael Núñez acerca de "Los intelectuales españoles ante la Guerra de Independencia Cubana". Opartny apunta la dificultad de estudiar el origen de la nación cubana, llegando a la conclusión de que el estado actual del conocimiento ofrece más interrogantes que soluciones. De Armas analiza la manera en que Martí afrontó el problema del Estado, abogando por la reforma agraria, la democracia de mayoría popular y la unidad de las repúblicas latinoamericanas, condiciones imprescindibles para el establecimiento de un sistema socio-político, capaz de enfrentarse al imperialismo de los EE.UU. Finalmente, Núñez afirma la magnitud y calidad del debate generado en España por el desastre del 98 debiendo preguntarse cuál fue la actitud de los intelectuales ante la guerra que lo provocó. La ausencia de actitud explícita frente al conflicto —dice— no puede explicarse por ineptitud o casualidad, lo que le conduce a plantear la hipótesis de que la intelectualidad española no reaccionó porque formaba parte de las clases favorecidas por un sistema político que no entró en crisis hasta después de la derrota.

El último capítulo del libro, dedicado a economía, es la sección más floja de la obra. Se centra en el debate sobre la esclavitud, el ferrocarril y el sistema fiscal. Mercedes García, "El monto de la trata cubana en el Siglo XVIII", afirma que el derecho de Asiento para la introducción de esclavos fue rentable para la Hacienda española y para las potencias europeas beneficiadas por el mismo, pero significó la primera ruptura del monopolio colonial, lo que aceleró la corrosión del do-

minio español en América. Pablo Tornero, "El suministro de mano de obra esclava en Cuba. Estado español y oligarquía criolla, 1765-1820", en la misma línea que los trabajos de la sección sobre política, observa intereses coincidentes en las élites cubanas y la administración metropolitana para el mantenimiento de la esclavitud en la isla. Eduardo Moyano, por su parte, estudia "El ferrocarril cubano, una expresión del crecimiento económico", y señala que su construcción no tuvo como objeto fomentar el crecimiento de toda la economía, sino abaratar el coste del transporte del azúcar en un momento de reducción del precio del dulce en los mercados internacionales como consecuencia del aumento de la competencia. Finalmente, el libro concluye con un artículo de Ana María Calavera, "El sistema crediticio español y su reflejo en Cuba: los comerciantes banqueros", en el que se estudia la dependencia que el sistema financiero cubano tuvo de las circunstancias históricas en que se desarrolló. Mientras se mantuvo la alianza entre las élites metropolitanas y coloniales y sirvió para financiar el crecimiento azucarero —dice la autora— se mantuvo un sistema refaccionario que impidió la modernización de los instrumentos y de las instituciones de crédito.—ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA.

La Emigración Andaluza a América. Siglos XVII y XVIII. Dirección de Lourdes Díaz-Trechuelo López-Spínola. Colaboradores A. García-Abasolo, A. Garrido Aranda y A. Dueñas Olmo. Prólogo del Excmo. Sr. don Antonio Domínguez Ortiz. I Premio de Investigación Andalucía América. Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Medio Ambiente, 1990, 614 págs., gráficas y mapas.

Con prólogo de Antonio Domínguez Ortiz —hoy día introductor de los estudios de investigación y de divulgación de historia andaluza e hispalense, por su excepcional competencia en la materia—, la doctora Díaz-Trechuelo ha dirigido esta monumental obra con la colaboración de los también catedráticos y profesores universitarios, doctores García-Abásolo, Garrido y Dueñas.

Se recoge en este libro, por primera vez y con carácter exhaustivo, la nómina de los andaluces que pasaron al Nuevo Mundo en las dos indicadas centurias de la Edad Moderna. Hecho con una rigurosa sistematización, comienza (capítulo I) mencionando la bibliografía existente en la actualidad sobre la materia. Pasa a continuación a dar cuenta de las fuentes documentales procedentes del Archivo General de Indias, especificando la sección de los fondos utilizados en dicho repositorio.

La metodología empleada permite conocer, en la ficha correspondiente a cada persona: la fecha de la licencia para pasar a las Indias; su nombre y naturaleza; edad, sexo, estado civil y profesión en su caso; nombre de los padres; motivo del viaje; lugares de procedencia y de destino; y los datos complementarios que la investigación individualizada ha permitido conocer. Y a estos efectos, es digno de tenerse en cuenta que los autores señalan cómo durante la Edad Media, en que las Indias dependían política, administrativa, militarmente, etc., de España, las personas que allí pasaron lo hicieron como pobladores. El concepto de emigrantes no es el adecuado hasta que se produce el hecho de la emancipación americana.

El capítulo II se ocupa inicialmente de las características y normas que regulaban el paso de los pobladores antes de que existiera una reglamentación oficial, aparecida al crearse la Casa de la Contratación de las Indias (1503, 1510) que estableció la normativa para el regreso de los pobladores. Y hay otros tres aspectos importantes tratados en este capítulo: a) las restricciones de licencias para ciertos territorios que eran lugar de tránsito (La Española para el continente, Nueva Granada para el Perú); b) el frecuente fraude para la obtención de las licencias y la imposibilidad de evitarlo; c) la regulación para el fomento del paso de las mujeres casadas que iban a reunirse con sus maridos.

El capítulo III presenta una serie de cuadros estadísticos que permiten conocer pormenorizadamente el proceso de poblamiento español en América. El I de dichos cuadros da la cifra de los andaluces que pasaron a las Indias en los siglos XVI al XVIII, cuyo estudio, detallado por décadas en los dos últimos siglos se hace en los cuadros II y III, en que puede apreciarse la progresiva disminución de pasajeros. Los cuadros IV y V indican la distribución por edad y sexo de los pobladores en ambas centurias, y el sexo y estado civil de ellos se recoge en los cuadros VI y VII, de los que se desprende que los hombres solían pasar mayoritariamente entre los 16 y 30 años, y las mujeres ampliaban la edad hasta los 40 años. En ambos casos y centurias fue mayor el número de solteros. En cuanto a la ocupación, tanto en hombres como en mujeres, el cuadro VIII nos indica que era mayoritariamente desconocida.

Es de mucho interés el estudio que se hace de las profesiones y oficios; el recurso a la condición de criados para eludir la perceptiva licencia; los distintos grupos formados en su mayor parte por matrimonios con hijos, y los casos de universitarios, profesionales, funcionarios, artistas, técnicos, militares y marinos, así como los factores de atracción como era la unidad familiar, mejora económica, estabilidad social, etc.

En el capítulo IV los cuadros IX al XI analizan el incremento demográfico, número y composición de la población de los Reinos de Sevilla, Córdoba, Granada y Jaén, así como el número de pobladores de cada uno de ellos especificado por ciudades y localidades menores. De todo ello se deduce la primacía del Reino de Sevilla en más de un 80 %, y la de las ciudades de Sevilla y Cádiz, respectivamente, en los siglos XVII y XVIII. En orden a los lugares de destino de la población andaluza se observa la prioridad de Nueva España, seguida del Perú, Nueva Granada, Tierra Firme, etc. Presenta finalmente una amplísima relación de viajeros en ambas centurias, en la que se indican, en cada caso, y como ya dijimos, el nombre, edad, sexo, fecha de licencia, lugares de origen y destino, nombre de los padres, vecindad, familia y personas que le acompañan, motivo y circunstancias del viaje, oficio, profesión, etc. En el siglo XVIII hay menos datos iniciales.

Para mayor información, se insertan a continuación, en ambas centurias, unas interesantes gráficas y los mapas de los Reinos de Sevilla, Córdoba, Granada y Jaén, y los índices de nombres de personas y lugares de origen y destino. La obra, de la que hemos procurado dar una visión de conjunto, intentando recoger sus aportaciones fundamentales, y su metodología y sistema, constituye, como decíamos al comienzo, una aportación fundamental para conocer un aspecto básico del proceso de incorporación americana a España. Y es testimonio de la competencia, técnica y laboriosidad de los autores, cuya labor investigadora y docente está acreditada por sus numerosas publicaciones. La doctora Díaz-Trechuelo López-Spínola ha añadido un nuevo eslabón a su excepcional labor científica al dirigir este trabajo que ha llevado a cabo con los competentes colaboradores de su cátedra en las Universidades de Granada y Córdoba.—JOSÉ ANTONIO CALDERÓN QUIJANO.

Espejo Cala, Carmen: *Víctimas de la espera. La narrativa de Antonio Di Benedetto*. Sevilla, Vicerrectorado de Huelva, 1993, 213 págs., bibliografía.

En este libro, la profesora Carmen Espejo ha pretendido rescatar de un injusto olvido la obra del escritor argentino Antonio di Benedetto (1922-1986), autor de cinco novelas y más de un centenar de valiosos cuentos. El estudio, parte de su tesis doctoral con la que obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado, acomete con rigor la lectura global de la novelística benedettiana.

La estructura del ensayo presenta una gran claridad expositiva. Tras un capítulo que sitúa la obra de Di Benedetto en su contexto histórico y cultural, se comentan sus diferentes novelas: *Annabella* (1955), *Zama* (1956), *El Silenciero* (1964), *Los Suicidas* (1969) y *Sombras, nada más...* (1985). Para finalizar, se incluye un apéndice bibliográfico fundamental para profundizar en el estudio de la creación del argentino. La autora traza la biografía literaria de Di Benedetto destacando la singularidad de su obra en relación al contexto histórico en que apareció. Perteneciente a la

generación argentina del 55, que comienza su andadura coincidiendo con el final de la dictadura peronista y que aplica una "moral de la acción" a su vida y obra (los escritores Rodolfo Walsh, David Viñas o Héctor Álvarez Murena ofrecen buenos ejemplos de ello), Di Benedetto fue partidario del universalismo literario apartado de regionalismos estrechos. De ahí que su obra sólo se entienda en relación con el existencialismo ateo francés, la novela norteamericana de la generación perdida o la novela negra, género este último que practicó y del que asumió el laconismo de los personajes, la brutalidad de algunas escenas y la parquedad en la sintaxis. Sorprende la novedad formal y temática de sus primeras obras, en las que se aprecia su lucha contra los condicionamientos del ambiente literario mendocino, esencialmente conservador, que desdeñaba la tradición metafísica, fantástica y vanguardista de la narrativa argentina del primer tercio de siglo.

La obra de Di Benedetto debe entenderse en el marco del "nouveau roman". En ella se produce una renovación formal del arte de contar, se practican las técnicas narrativas objetivistas antes de que éstas fueran utilizadas por los autores franceses que las harían internacionalmente famosas y, finalmente, se emprende la innovación en el elemento *personaje*. Los protagonistas de las novelas son hombres inadaptados y aislados del exterior. Pasivos e indiferentes, mantienen una actitud elusiva ante la vida, que les hace desarrollar un alto grado de crueldad hacia sus semejantes. Como indica el título, se perfilan como víctimas de una espera nunca colmada, insatisfechos crónicos, que llevan a cabo un proceso de ensimismamiento interior abocado al silencio y fracaso final común a todas las novelas. Estas voces únicas en el relato, "conciencias solitarias que se imponen al lector y sobre las que se reflejan otros actores de contornos imprecisos", neutralizan cualquier posibilidad de clímax, ofreciendo finales abiertos y circulares marcados por la desesperanza. Sin embargo, la obra de Di Benedetto se diferencia del "nouveau roman" francés en que no utiliza con frecuencia la descripción (recurso favorito de los europeos para detener el tiempo) y en que no puede ser calificada como una literatura deshumanizada, sino de un desgarrado humanismo. En ella se relata un fracaso, presenta un existencialismo atemporal que reflexiona sobre la imposible comunicación del hombre con sus semejantes. Sus personajes, a diferencia de los franceses, no son estructurales, sino redondos, con psicologías bien definidas que se descubren a través de indicios y connotaciones simbólicas. Así, el protagonista de *El silenciero* sufre un doloroso proceso de desequilibrio mental provocado por los ruidos externos, que en este caso adquieren una significación metafísica, pues alegorizan todo aquello que dificulta la comunicación. Por ello al final el personaje renuncia desesperanzadamente a la palabra.

Carmen Espejo dedica el resto de los capítulos al estudio de las novelas, en las que —haciendo gala de un profundo conocimiento de la teoría literaria y en especial de la narratología— percibe una trayectoria clara. Con un estilo didáctico y claro (como se observa en su frecuente recurso a la negrita y en la soltura con la que utiliza los términos teóricos), comenta los diferentes textos, a los que aplica una serie de calificativos definitorios. Repite el sintagma "novela del lenguaje", con el que destaca cómo en la obra de Di Benedetto "la escritura de una aventura es reemplazada por la aventura de una escritura", en la que se investiga sobre el lenguaje, con juegos de palabras continuos, sin que este hecho impida que los textos manifiesten una función moral prioritaria.

Finalmente, la profesora Espejo destaca la progresiva evolución en la trayectoria de Di Benedetto hacia la "novela del despojamiento", que prefiere la simplicidad estructural y defiende un lenguaje "ascético", depurado de la frivolidad narrativa. Desde unas primeras novelas de estructura tradicional, se pasa a interpolar rasgos de la novela metafísica y de la negra en *Los suicidas* (el tema del suicidio es interpretado con varios tonos y ritmos) o se construye un texto híbrido, a medio camino entre la novela y la autobiografía en *Sombras, nada más...*, donde el argumento es amenazado continuamente por los "demonios" (sueños, recuerdos...) del autor.

En definitiva, *Víctimas de la espera* es un texto fundamental para profundizar en la narrativa de Antonio Di Benedetto. La autora ha sabido reunir en unas mismas páginas la claridad expositiva con la profundidad crítica, ofreciendo al lector un ensayo que le permitirá conocer la obra de una figura fundamental en la narrativa hispanoamericana del siglo XX.—FRANCISCA NOGUEROL JIMÉNEZ.

Lynch, John: *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*. Madrid, Fundación Mapfre América, 1993, 569 págs.

John Lynch, profundo conocedor del caudillismo en América Latina, aborda de nuevo la cuestión en esta obra, que puede considerarse una valiosa puesta al día del fenómeno, con un apoyo crítico considerable tanto por lo que se refiere a las fuentes primarias como a las bibliográficas.

Dividido en dos partes claramente diferenciadas —Estructuras Caudillares y Carreras caudillares— y recogiendo teorías ya expuestas por el mismo autor en obras anteriores, este libro quizás sea el más amplio estudio con que contamos en la actualidad para el conocimiento de un fenómeno que tanta trascendencia ha tenido en la historia del área.

En la primera parte, la que constituye realmente el estudio del caudillismo propiamente dicho, el autor trata de analizar el fenómeno desde sus inicios, sin olvidar las bases de poder en que se apoya, las características de la figura del caudillo y, en definitiva, como su propio título indica, las estructuras que hacen posible su existencia.

Para ello comienza por buscar, en sus propias palabras, “las raíces” del caudillismo. Y lo hace desechando sin reservas las teorías de que éstas se encuentran en la conquista, la colonización e incluso el carácter de los que llevaron adelante aquélla, afirmando que “la visión borbónica del imperio no concebía la existencia de espacios políticos entre el estado y sus súbditos americanos”. Para el autor, por el contrario, dichas raíces estarían en la violencia rural del siglo XVIII, cuando la apertura de nuevas tierras a la economía comercial desplaza a un importante sector de la población campesina, cuya única salida queda en su incorporación a una banda armada liderada por el hombre fuerte que le garantiza el botín con que subsistir, dando pie, a su vez, a que los hacendados formen sus propias bandas para defenderse de ellos.

Partiendo de estos precedentes, el caudillo sería un claro producto de la guerra de independencia, cuando el estado colonial se derrumba y distintos grupos sociales entran en conflicto por el poder que aquél deja vacante, y cuando había que sostener una guerra sin los recursos económicos necesarios para mantener un ejército regular. Y precisamente al estudio de la situación que lo hace posible, dedica el autor el segundo capítulo de esta obra, deteniéndose en la aparición de los primeros caudillos en el Río de la Plata, en la zona andina —guerrilleros del Alto Perú y montoneros en el Perú Central—, en Venezuela —donde a su juicio se dan los prototipos más claros—, o en el caso especial de los clérigos caudillos de México. Y en él muestra claramente cómo, con las situaciones diferentes que se quiera, es en esta época cuando se crea el sistema caudillista que perdura tras la guerra, con las transformaciones lógicas en el momento en que el enemigo externo desaparece.

Posteriormente Lynch aborda el problema de las similitudes y diferencias en esas situaciones y, en consecuencia de las similitudes y diferencias entre los orígenes de los caudillos en los casos de Argentina, Venezuela y México, lugares en que logran saltar del ámbito regional al nacional, así como de las circunstancias que permitieron ese paso.

Otro punto importante en la obra es el estudio del tránsito del estado borbónico al estado caudillista, así como el de la nacionalidad criolla y el de la influencia negativa de la estructura social derivada de la hacienda y de los privilegios corporativos —fueros militares y eclesiásticos y comunidades indias— para la creación de estados nacionales. Todo ello resulta, a su juicio, esencial para el triunfo del caudillo que, aunque en algunos casos actuara como defensor de intereses nacionales, e incluso en ocasiones caudillismo y nacionalismo se reforzaran, nunca tuvo una visión nacional.

Por último, para finalizar la primera parte el autor estudia la figura del caudillo como gendarme del orden establecido, una de las características que considera esencial para explicar el auge del sistema. El caudillo sería así en origen un jefe regional al que la guerra de la independencia transforma en militar, y cuyas fuerzas son esenciales para la liberación. Pero, conseguida ésta, no hay más remedio que recurrir a él para contener las aspiraciones sociales y económicas de la población. Se convierte de este modo en representante de los sectores dominantes frente a las aspiraciones populares, y se mantiene en el poder sólo mientras actúa como garante de sus intereses, trasladando al estado la relación patrón-cliente de la hacienda.

En la segunda parte del libro el autor plasma en ejemplos todo lo analizado en la primera, examinando casos distintos de caudillismo —con sus diferencias, pero con sus rasgos esenciales comunes—, desde el argentino Rosas hasta el guatemalteco Rafael Carrera —caso excepcional por constituirse en verdadero líder del pueblo—, pasando por Páez y Santa Anna.

Y el último capítulo de esta segunda parte es sin duda uno de los más interesantes, ya que en él encontramos en cierto modo las conclusiones derivadas del resto del estudio, dando un repaso a la figura desde sus orígenes a la influencia que todavía hoy tiene en el área. Así, al hablar del problema de los orígenes y el desarrollo del caudillismo, Lynch, como ya había hecho en la primera parte del libro, afirma “que son los acontecimientos los que encierran los secretos del caudillo”, que “su origen no está en la tradición, ni en los valores, ni en el pasado remoto, sino en las circunstancias concretas que se vivieron en las décadas posteriores a 1810: la guerra, reconstrucción nacional, anarquía”, que demandaban respuestas urgentes. Es aquí, en realidad, donde Lynch parece resumir sus teorías sobre el fenómeno. Afirma que los primeros caudillos no se pueden encontrar sino como producto de los conflictos posteriores a 1810, el primero de ellos la guerra de la independencia que legitimó su figura, y cómo gracias a ello la estructura de la hacienda, la relación patrón-cliente que se daba en aquella, se incorporó al estado y se convirtió en el modelo de caudillismo.

Y afirma también que para su pervivencia fue esencial su papel de primer protector, ya que la élite dominante los necesita para evitar la anarquía y las reclamaciones sociales, considerándolos los mejores guardianes del orden en momentos en que el poder del estado no podía llegar a todas partes.

Una segunda fase del fenómeno sería para él la que llama del dictador oligárquico. Cuando el crecimiento económico inicia la transformación social, el caudillo tiene que evolucionar; hacía falta estabilidad para atraer a la inversión extranjera y surge el nuevo dictador, que aunque en su origen sea caudillo, tiene que adoptar formas fuera de la estructura propiamente caudillista, convirtiéndose en representante de una alianza más amplia y compleja: terratenientes, comerciantes, banqueros, empresarios extranjeros y burócratas. Pasa a ser entonces el gendarme de esa nueva alianza y sustituye el golpe violento para la sucesión por el fraude electoral.

Para terminar, y este es un punto en el que puede que algunos no estén de acuerdo, Lynch afirma que la huella del caudillismo se mantiene hasta nuestros días, incluso en los regímenes constitucionales. Y lo hace desde el momento en que los votantes confían más en las promesas personales de un líder que en los programas electorales, en que las relaciones patrón-cliente siguen siendo esenciales en las relaciones sociales, y en que se entiende la política como la defensa de los intereses de los grupos aliados. Este personalismo que hace que el patronazgo sea “inherente” a los partidos, es, a su juicio, legado de la época caudillista, cuando se estableció como forma de gobierno. En definitiva, para él “los caudillos han muerto pero sus valores perduran...” en la política latinoamericana de nuestros días.

En resumen, se trata, como ya se ha dicho al principio, del trabajo más completo con que hoy podemos contar para el análisis del fenómeno. Es cierto que muchos de los aspectos tratados ya lo han sido por el mismo Lynch y por otros autores en distintas ocasiones, y que se podrá o no estar de acuerdo con todas sus afirmaciones o con las hipótesis que plantea tanto en cuanto al origen de los caudillos como respecto a la pervivencia de formas caudillares en la actualidad; pero su lectura resulta imprescindible para todo aquel que pretenda acercarse a la realidad social y política del área después de la independencia.—ROSARIO SEVILLA SOLER.

Markman, Sidney David: *Architecture and Urbanization of Colonial Central America*, vol I, *Selected Primary Documents and Literary Sources*, Tempe, Ariz, Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1993, XIV+282 págs., 125 láminas.

El Dr. Sydney David Markman, autor de una serie de libros fundamentales sobre su especialidad, la Historia del Arte Hispanoamericano, ha sido durante más de 40 años profesor de esta materia en la Duke University, Durham, N.C.

Nos ofrece ahora una nueva contribución a esta disciplina refiriéndose concretamente a la América Central durante la Edad Moderna (siglos XVI-XIX). La obra que reseñamos, recoge 1.116 referencias documentales y 125 mapas geográficos o planos documentales de la Capitanía General del Reino de Guatemala o Real Audiencia de los Confines, comprensiva de las actuales repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, además del actual estado mexicano de Chiapas.

Este trabajo es exponente de su amplísima labor docente e investigadora. Constituye la culminación de la tarea de un verdadero universitario que ha consagrado, vocacionalmente, su gran inteligencia y su constante e incansable actividad al conocimiento y difusión de lo que fue la historia de la arquitectura de una de las jurisdicciones españolas en el Nuevo Mundo, que nos ofrece los más acreditados ejemplos de ella. El autor ha sabido dar a conocer su estilo, síntesis de los elementos artísticos peninsulares y aborígenes.

Conocí al profesor Markman hace más de 30 años, cuando vino a Sevilla a pasar un año sabbático. Conocedor entonces de los archivos centroamericanos, y de las fuentes documentales y bibliográficas de aquellos repositorios y bibliotecas, quiso incrementar sus conocimientos en el Archivo General de Indias, y en otros archivos y bibliotecas sevillanos y españoles. Visitó entonces un gran número de localidades y pueblos andaluces y de otros lugares de España, obteniendo una importantísima colección de fotografías de sus monumentos, que creo es única en su género, y que le permitió estudiar los antecedentes españoles en los elementos artísticos, que, unidos a los aborígenes, dieron origen a esa arquitectura.

Pero la labor del profesor Markman no consistió sólo en conocer e investigar. Durante aquel año establecimos, con carácter personal y en razón de nuestra amistad, un intercambio de universitarios entre Duke University y la Universidad de Sevilla a través de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y su Residencia de Investigadores. Contamos para ello con la aprobación del profesor John Tate Lanning, director entonces del Departamento de Historia de Hispanoamérica de aquella Universidad.

Ello permitió a una serie de entonces licenciados universitarios sevillanos pasar un curso en Durham y en otras universidades norteamericanas para proseguir sus estudios del doctorado. Entre los sevillanos —me complace mencionar sus nombres como testimonio de gratitud al profesor Markman—, y para que pueda verse el aprovechamiento y el rango alcanzado, tenemos: al Dr. Rafael Sánchez Mantero, catedrático de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla, director de su Departamento y ex vicerrector de dicha Universidad. Al Dr. José María Luzón, catedrático de Arqueología de la Universidad de Madrid, ex director general de Bellas Artes y del Museo Arqueológico Nacional, y actual director del Museo del Prado. A los doctores Francisco Castillo Meléndez e Isabelo Macías Domínguez, profesores titulares de Historia de América de la Universidad de Sevilla. Y al Dr. Antonio Garnica Silva, catedrático de Lengua Inglesa, también de la Universidad de Sevilla.

* * *

Mas después de este rápido bosquejo sobre la actuación del autor en beneficio de las instituciones docentes sevillanas y españolas, vamos a considerar la obra en sí. Como él mismo dice en la *introducción*, lleva a cabo en ella el estudio de los factores geográficos, históricos, religiosos, económicos, etc., en su propio ambiente físico y sociológico, porque considera necesario estudiar cuáles son las causas determinantes de dichos aspectos, antes de analizar la forma, estilo y función de los monumentos. La arquitectura y los paisajes urbanos centroamericanos constituyen los dos principales objetivos de la obra, considerando su condición de documentos sociales de personas e instituciones.

Este mismo criterio se emplea en la sistematización de las fuentes documentales del Archivo General de Indias y de los archivos de Guatemala, carentes estos últimos, hasta ahora, de los necesarios catálogos de sus cientos de miles de documentos, no ocurriendo lo mismo con las fuen-

tes literarias, de más fácil acceso y conocimiento. El libro, siguiendo el criterio antes expuesto, presenta un *índice* con la clasificación cronológica y temática. Cada documento tiene un breve título explicativo de su contenido y la indicación de fuentes referentes al mismo.

Comienza el estudio con la *geografía* (I), haciendo referencia al paisaje, clima, orografía, terremotos, etc., utilizando las noticias suministradas por las descripciones de las relaciones geográficas, crónicas de religiosos, mapas, etc.

Sigue la consideración del *aspecto histórico* (II), en el que tiene lugar la narración de los acontecimientos, fundaciones urbanas, legislación, enseñanza, evangelización, cultura, régimen fiscal, etc., y de todas las contingencias de distinta índole que tuvieron lugar en este período.

Pasa a analizar, a continuación, la *economía* (III) en sus distintas manifestaciones, tales como el nivel económico de las distintas clases sociales, la moneda, el comercio, los puertos, las minas, los metales preciosos, las vías de comunicación, etc.

El *aspecto religioso* (IV), de singular importancia en el proceso de población y evangelización del Nuevo Mundo, es considerado con gran detalle, mencionando en primer lugar la acción de las distintas órdenes religiosas con sus fundaciones, jurisdicciones, rivalidades, etc.; pasando luego a conocer la *organización eclesiástica* (V) en aquellas tierras, en las que los sistemas para la conversión de las idolatrías son objeto de análisis pormenorizado, señalando las diócesis, curatos, parroquias, visitas, actividad misionera, correspondencia de religiosos, etc.

Como esta obra trata de un proceso de establecimiento de *población* (VI), hace cumplida referencia al régimen de encomiendas, y a los distintos estratos poblacionales, españoles e indígenas, así como a la miscigenación, oscilaciones demográficas causadas por epidemias, enfermedades, trabajos excesivos, etc. Todo ello recogido en censos de población formados según diferentes criterios. Esto es determinante de una *estratificación social* (VII), correspondiente a las instituciones y tradiciones arquitectónicas que España instauró en América, y que correspondían al *status* cultural de la Baja Edad Media, por lo que la conquista de aquellas tierras, en su doble aspecto espiritual y biológico, puede ser considerada como una prolongación de la reconquista peninsular.

Al considerar la historia de la *urbanización* (VIII), la vida de los indígenas en la etapa prehispánica, las características y razón de ser de los pueblos de españoles y de indios, la organización urbana llevada a cabo por los religiosos y la *fundación de ciudades* (IX) por los españoles, de todo ello da una cumplida nómina, con aportación de *planos* (X), descripciones, dibujos, etc.

Pero como hemos visto que la obra sitúa su carácter arquitectónico dentro de un marco social, hace referencia al *régimen laboral* (XI), señalando las distintas profesiones de españoles e indígenas, su asociación en gremios, y el régimen de repartimientos de los indígenas en la agricultura y en las obras públicas.

Termina refiriéndose propiamente a la *actividad arquitectónica* (XII), y da a conocer cuáles fueron los arquitectos, planos, dibujos, materiales empleados, sistemas o métodos de construcción, elementos arquitectónicos; sobre todo en las diferentes clases de templos y conventos, así como en las obras públicas, hospicios, hospitales, fortificaciones, etc. Y en este último capítulo tienen especial interés las noticias referentes a la fundación de la Nueva Guatemala de la Asunción (1773).

* * *

Como decíamos al comienzo de esta reseña, la obra inserta 125 figuras, con reproducciones fotográficas de mapas del Reino de Guatemala y sus distintas jurisdicciones; un proyecto de canal interoceánico; planos de ciudades, pueblos, fuertes, casas consistoriales, catedrales, etc. También un glosario de términos correspondientes a lugares, nombres, instituciones, cargos, oficios, obras, etc. Y finalmente una selecta pero abundante bibliografía, utilizada en cada caso en su correspondiente documento, y en la que están recogidas las obras clásicas, entre las cuales recordamos a Cortés y Larraz, Díaz del Castillo, Espinosa, Fuentes y Guzmán, Remesal, Vázquez de Espinosa, Villagutierre Sotomayor, Ximénez, etc.

Este libro, primero de una serie que anuncia el autor, en plena madurez de su preparación y conocimientos como investigador y como docente, es de suma utilidad para los trabajos de los estudiosos en sus investigaciones, pues aporta, como decíamos, un riquísimo material de primera mano, inédito en muchos casos, con las pertinentes orientaciones para su aprovechamiento.

Considero que el Dr. Markman es hoy día el mejor conocedor de la historia de la arquitectura en el antiguo Reino de Guatemala. Singular investigador de todos sus antecedentes, elementos, evolución estilística y significación estética, hay que agradecerle que haya considerado y estudiado este aspecto de la cultura de esta tierra que él siente como propia. La magnífica edición hecha por el *Center for Latin American Studies* de la *Arizona State University* de Tempe, acredita la labor científica que lleva a cabo esta institución.—JOSÉ ANTONIO CALDERÓN QUIJANO.

Meissner, Jochen: *Eine Elite im Umbruch. Der Staarat von Mexiko zwischen kolonialer Ordnung und unabhängigem Staat (1761-1821)*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1993, 424 págs., 20 tablas, 6 mapas, 13 gráficos, fuentes documentales, bibliografía, índice de nombres, lugares y materias.

El libro *Eine Elite im Umbruch*, de Jochen Meissner, se centra en el Ayuntamiento de la ciudad de México en los albores de la independencia. Partiendo de esta institución, el autor investiga el desarrollo de una élite colonial hacia una élite "protonacional" entre 1761 y 1821.

En los últimos años, los estudios sobre élites han recibido mucha atención. La mayoría de ellos centra su enfoque en la época colonial y considera como élite un grupo determinado de la sociedad, como por ejemplo los comerciantes o la nobleza. No obstante, en muchos casos falta una definición teórica sobre lo que se entiende bajo el término "élite". El autor del presente libro parte de una definición concreta, que se basa en la teoría de Dahrendorf y Zapf. Según esta definición, una élite se compone de personas que tienen ciertas posiciones que les dan posibilidades de influencia importante respecto a la sociedad. Así se distingue entre élite y el concepto de clase alta, es decir grupos de personas que disponen de una cantidad considerable de riqueza y prestigio social.

Al problema de la élite se vincula la pregunta de la estratificación de la sociedad en general. En el análisis de la estructura social de la capital de Nueva España, se muestra que había dos puntos centrales para la determinación de la posición social de una persona a finales de la época colonial: primero la raza o etnia y segundo la clase. En este sentido, la estratificación estamental había perdido su preponderancia pero la determinación social por clase o posición ocupacional había ganado en importancia. En vista de esta dinámica social, J. Meissner propone no hablar de la estructura social, lo que da la impresión de una sociedad petrificada, sino de una desigualdad social condicionada por diferentes conceptos.

A continuación, el autor aborda el análisis de la institución del Cabildo de la ciudad de México en el siglo XVIII. Partiendo de la investigación de las ordenanzas de la ciudad de 1728 y los cambios provocados por las reformas de José de Gálvez, Meissner señala cómo el interés de la Corona en aplicar estas reformas en 1771, y en controlar mejor al Cabildo, fue más allá de sus intenciones, porque el Cabildo logró finalmente obtener el derecho de nombrar a los regidores honorarios. Una vez incorporados a esta institución, muchos de ellos desempeñaron un papel importante en los decisivos años anteriores a la independencia.

En la parte prosopográfica, Meissner nos indica que había una diferencia significativa entre los viejos grupos que ocupaban puestos en el Ayuntamiento, es decir los regidores propietarios, y los que entraban en él por medio de las elecciones. Los intereses económicos de los miembros del Cabildo se diversifican en los sectores de la agricultura, la minería y el comercio de Nueva España. Del mismo modo, buena parte de la nobleza novohispana, que el autor no considera como una corporación cerrada, estaba representada en el Cabildo. Comparando los viejos grupos de los regidores propietarios, que obtuvieron su posición en el Ayuntamiento por medio de compra o heren-

cia, con los regidores honorarios, se muestra un trasfondo social y económico diferente. Estos últimos eran en su mayoría comerciantes y miembros de familias recién ascendidas a las capas altas de la sociedad. Con el análisis cualitativo y cuantitativo del trasfondo económico y social de los miembros del Cabildo, Meissner señala que ellos formaban una élite. Esto permite poner en duda la visión de una sociedad novohispana manejada por pocas familias con los mecanismos del nepotismo, que últimamente encuentra tantos seguidores.

El autor indica además que las reformas borbónicas desencadenaron cambios sociales que también tuvieron efectos en la composición de la élite bajo investigación, y esto alteró indudablemente la función que jugaba la institución. Muchas familias con intereses económicos considerables en todo el virreinato se radicaron en la capital y, sobre todo después de las reformas, vieron en el Cabildo una posibilidad de influir en asuntos políticos. El autor señala este cambio con el estudio de algunos conflictos en Nueva España en las últimas décadas de la época colonial, como por ejemplo la desamortización (vales reales), una medida de la Corona española para conseguir los fondos que necesitaba en las guerras europeas, que obligó a la iglesia a vender sus bienes raíces y recobrar los créditos concedidos en la colonia para pasar los fondos al erario español. La correspondiente ley se promulgó en Nueva España en 1804, y desencadenó grandes protestas porque la iglesia era la principal institución de crédito novohispana.

En la segunda parte del libro, el autor describe detalladamente los sucesos políticos en las últimas décadas del período colonial hasta 1821 y lo combina con la investigación de la historia de las ideas. En base a las fuentes, Meissner estudia los debates entre el Cabildo y la Audiencia de México en 1808, análisis que demuestra claramente que el Ayuntamiento de la ciudad de México no persiguió desde el principio de la crisis de la monarquía española un proyecto de autonomía, sino que las posiciones políticas tomaron cuerpo a lo largo de los acontecimientos mismos. A partir del mes de junio de 1808, cuando se dieron las primeras noticias sobre lo ocurrido en España, el debate se centró en cuestiones acerca de la soberanía y en quién residía ésta en ausencia del monarca legítimo. En las luchas siguientes los criollos, o mejor dicho las personas relacionadas con los intereses de la región, perdieron la confianza en el gobierno español y en la supuesta igualdad entre los diferentes reinos de la Corona española. Año decisivo en México fue por ejemplo el de 1812, cuando el virrey Venegas anuló las elecciones del Ayuntamiento constitucional y prácticamente revocó la Constitución de Cádiz. Durante los años siguientes, el régimen de Nueva España se convirtió en militar. El golpe contra el virrey Iturrigaray en 1808, la promulgación de la constitución de Cádiz, su revocación en 1814 y luego su restablecimiento en 1820, sometieron el régimen en Nueva España a cambios sustanciales y lo hicieron cada vez menos calculable para los criollos. Finalmente, el autor llega a la conclusión de que el Plan de Iguala, que declaró la independencia de México en 1821, no fue un proyecto reaccionario, como todavía se estima en varios trabajos sobre el tema. El Plan de Iguala postuló conservar el régimen de la Constitución de Cádiz pero esta vez en un país independiente.

Aparte de estas rectificaciones importantes de los sucesos políticos, hay que subrayar otro aspecto trascendental. El presente estudio muestra que las posiciones políticas están expuestas a cambios por vía de los acontecimientos mismos. Así, el cambio de adhesión política no significa necesariamente un mero oportunismo, inexperiencia o ineptitud. Tomando esto en cuenta, los estudios sobre la época de la independencia y los años inestables que siguieron, tienen mejor oportunidad para no caer en la trampa de ver a los mexicanos como gente todavía no preparada para un sistema diferente al colonial.

El valor del presente trabajo no se basa simplemente en ser un interesante estudio de los aspectos citados sino que logra una síntesis de diferentes áreas, desde la teoría sobre élites a través de una investigación de las estructuras institucionales y las condiciones de la desigualdad social a finales de la época colonial hasta una historia de los sucesos políticos que prepararon el camino hacia la independencia de México. Con su profundo conocimiento de las fuentes y la variedad temática abarcada, este estudio es recomendable no sólo para los especialistas de la élite novohispana y la institución del Cabildo sino también para todos los estudiantes de historia hispanoamericana.—
SILKE HENSEL.

Tcach, César: *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991, 287 págs.

Estamos ante uno de aquellos trabajos que sintetizan la larga y paciente tarea de una buena investigación histórica. Su lectura nos advierte, fundamentalmente, de dos reflexiones dignas de confesar. Primero: el análisis del surgimiento, la consolidación en el poder y el derrocamiento del peronismo argentino está abierto, y a su vez sujeto, a un conjunto de preguntas que hallan significado a la luz de la consulta de nuevas fuentes documentales. Segundo: peronismo, movimiento obrero e industrialización han constituido los pilares de una trilogía perfecta de explicación cuyo punto de referencia ha sido Buenos Aires y las capitales de las provincias del litoral de la Argentina. El estudio de la configuración del peronismo en la provincia mediterránea de Córdoba, que se desarrolla en este trabajo, nos vislumbra la historia política relativamente reciente y su proyección nacional de una Argentina, la del interior, generalmente marginada de los esquemas socioeconómicos del modelo primario exportador y asociada con formas tradicionales de poder consustanciales con su imaginario político.

En la clásica interpretación de las transformaciones socioeconómicas de la Argentina desde finales del siglo XIX hasta el surgimiento del peronismo, Gino Germani realizó una clasificación que, en términos dualistas, diferenciaba la modernidad y el desarrollo de Buenos Aires y las provincias del litoral respecto al arcaico, criollo y periférico interior. Como señaló Halperín Donghi, la rigidez de este esquema no le permitió al historiador italiano considerar las particularidades regionales; Córdoba escapaba de los márgenes de su análisis. Como indica Tcach, en la provincia mediterránea confluyen dos realidades, el norte, más atrasado, y el sur, vinculado con las ricas y prósperas regiones del litoral atlántico. Su ciudad capital, Córdoba, católica, tradicionalista y de apellidos ilustres desde los tiempos coloniales, fue el germen de la reforma universitaria de 1918, el centro de la intransigencia radical que representaba don Amadeo Sabattini, la cuna de la intelectualidad gramsciana de los años 60, y del sindicalismo democrático y combativo. Finalmente, fue uno de los bastiones del radicalismo opositor en los tiempos de Perón, y el espacio experimental de los intentos golpistas en su contra que desencadenaron la conjunción cívico-militar que lo derrotó en 1955. Córdoba condensaba en sí misma elementos modernos y tradicionales.

Sobre la base de esta hipótesis de trabajo y desde una dimensión específicamente política y con perspectiva histórica, Tcach abordó el problema desde tres niveles de análisis: 1. la estructura interna de los partidos, su dinámica endógena, y su influencia en el comportamiento de los actores políticos; 2. la relación entre partidos y corporaciones, especialmente con las organizaciones obreras, la iglesia y el ejército; 3. la reconstrucción del conjunto de normas institucionales que delimitaron el espacio político que posibilitó la expresión de los actores.

El libro está lógicamente estructurado en tres partes. En la *primera*, cuyo límite temporal discurre entre 1943 y 1947, el autor nos hace una presentación del espectro de ideas que definieron el comportamiento del sabattinismo y de la constitución de alianzas entre las fuerzas políticas que derivaron en el peronismo mediterráneo. Sin desmerecer la totalidad del libro, este apartado es el más importante, ya que articula la argumentación de los restantes.

La defensa del radicalismo intransigente, que hundía sus raíces en los postulados de Irigoyen y se encarnaba en la figura de Amadeo Sabattini, definió la política y la convivencia democrática de Córdoba desde 1935. Desde entonces, el sabattinismo dominó la situación política interna de la provincia e incidió en las directivas y resoluciones de los organismos partidarios de la Unión Cívica Radical a nivel nacional. Para la reconstrucción de la vida política de "Don Amadeo", el autor se valió de todo documento escrito y testimonio oral que le posibilitase perfilar a su personaje, al que en ocasiones sobrevalora, impidiéndole relacionar otros posibles elementos explicativos. Pero más allá de esta observación, resulta sumamente interesante el desarrollo del pensamiento de Sabattini en cuanto a la definición del radicalismo como sujeto portador y constructor de la identidad nacional. La Unión Cívica Radical "era la única traducción posible de la nacionalidad al plano político", lo que implicaba desconocer como "iguales" al resto de los partidos políticos. Para Sabattini, pues,

el peronismo no era un legítimo competidor en el juego político; de allí su rechazo a formar parte de la alianza de fuerzas opositoras a Perón —la Unión Democrática— en las elecciones de febrero de 1946, y su obcecada abstención en las decisiones políticas partidarias nacionales. Su interés por el convencimiento de la intransigencia alimentó las divisiones internas entre sus miembros, pero además consolidó su repercusión en la política de dimensión nacional. Los resultados electorales de 1946 lo confirmaban: la oposición había derrotado en Córdoba a la fórmula presidencial Perón-Quijano, aunque a nivel local se aseguró la gobernación al peronismo.

En el intento de explicar el surgimiento del peronismo en Córdoba, el autor estima como supuesto fundamental el malogrado grado de desarrollo industrial que había alcanzado Córdoba como para deducir el triunfo político de Perón por el apoyo de los trabajadores del sector. Según el censo nacional de 1947, el 70 % de la población cordobesa vivía aún en campo —en Buenos Aires, el 68 % de sus habitantes eran del medio urbano. Estas cifras hablan por sí solas del carácter limitado de la industrialización en Córdoba y de los reparos para considerarla como variable explicativa en la configuración política del “peronismo periférico”. Con la visualización de los actores económicos, y sin descartar aquellas interesantes hipótesis que hacen referencia, desde una perspectiva socioeconómica, al rol de los trabajadores en el apoyo a Perón y sus alianzas con la burguesía, Tcach realizó una reconstrucción histórica de los políticos e instituciones que colaboraron en la conformación del peronismo mediterráneo. La red de alianzas que el propio Perón tejió con el tradicional partido conservador y con la iglesia —institución que gozaba asimismo de prestigio entre los sectores populares y los universitarios—, y con los radicales renovadores —algunos ex sabattinistas— definió el desplazamiento de los votos tradicionales hacia el peronismo, y también, un amplio campo político de competencias por el control institucional.

En la *segunda* parte del libro, nos relata un mundo de rivalidades emergentes como resultado de la consolidación de los actores en el nuevo marco institucional. Entre 1948 y 1951, el estado peronista acrecentó su celo autoritario sobre la sociedad política y las desavenencias en el radicalismo se presentaron entre diversos frentes. A las disidencias internas del propio sabattinismo cordobés se superpusieron la tradicional incompatibilidad con el radicalismo tradicional —unionista— y las divisiones entre el radicalismo intransigente a nivel nacional. Una nueva generación de radicales intransigentes, cuyos máximos exponentes eran Ricardo Balbín y Arturo Frondizi reveló las limitaciones del proyecto sabattinista. El peronismo cordobés tampoco estuvo exento de dificultades internas. Los conservadores consolidaron su posición en el peronismo directivo provincial; sin embargo, la otrora alianza de Perón con la iglesia se resquebrajó, debido a las exacerbadas cuotas de poder del estado peronista en materia educativa y religiosa sobre la sociedad civil. Es entonces cuando el autor nos ofrece todos los matices del acercamiento de la oposición política radical con los poderes corporativos de la sociedad, como la iglesia y el ejército, que tuvo su mayor expresión en el intento conspirativo de septiembre de 1951. No obstante, la reelección de Perón en 1951 —lograda, en gran parte, por la promulgación de una nueva ley electoral que favorecía al oficialismo—, redefinió el espacio de acción de los actores políticos en el marco de una flexibilización que reveló las disputas endointransigentes y la incapacidad del sabattinismo para mantener su poder en la cúpula nacional del radicalismo.

El desenlace de este proceso ocupa la *tercera* parte de este trabajo. Allí el autor reconstruye el grado de radicalización y de confluencia entre la oposición política y corporativa y presenta al escenario cordobés como el epicentro del desarrollo de los acontecimientos. En el seno del radicalismo, a nivel nacional, cobraba preeminencia el Movimiento de Intransigencia y Renovación que lideraba Arturo Frondizi. Las confluencias entre el radicalismo, la iglesia y ejército se multiplicaron desde finales de 1954, presagiando el fin de la dominación peronista. El alto clima conspirativo que motivó ese entendimiento desembocó en el derrocamiento de Perón en 1955, gestado en la ciudad cordobesa de Río Cuarto. Como muestra de la estructuración de los hechos alrededor de la figura de Amadeo Sabattini que tan excelentemente expone a lo largo de esas páginas, el autor retoma a esta altura del relato la constelación de ideas que determinaron la acción opositora al peronismo del intransigente cordobés. Asumiendo cierto grado de compromiso político, y sin descuidar su condición de historiador de esa provincia mediterránea argentina, Tcach acaba su investigación

lamentando la inviabilidad del sueño sabattinista de derrocar a Perón con una revolución radical que surgiera en Córdoba. Tampoco su caída fue uno de los tantos cuartelazos militares que desfilaron a lo largo de la historia argentina. Perón cayó por la gestación de una oposición en la que participaron la clase política local, las corporaciones militares, la iglesia y un importante sector de la sociedad civil.

En definitiva, pues, este libro —de consulta obligada para todo especialista en la historia política contemporánea de ese país sudamericano— despierta una lectura diferente y poco conocida de la proyección nacional de la política cordobesa en el período peronista. Este sólido y minucioso estudio abre las puertas, no sólo a futuros proyectos encaminados a despejar la incidencia de Córdoba en las decisiones políticas en los posteriores gobiernos nacionales, sino también a otros que intenten investigar procesos políticos contemporáneos argentinos desde la perspectiva provincial, despojándose así de las perspectivas centralistas de que pecan muchas historias nacionales.—MARCELA ALEJANDRA GARCÍA.